

CAP. I. FLOR DE SANTIDAD ❁ ❁



ON LAS LUCES del alba se despierta Adegá. El rocío brilla sobre el oro de sus cabellos. Ha dormido al borde de un sendero, después de vagar perdida por el campo, y sus ojos, donde aún queda el miedo de la noche, miran en torno reconociendo el paraje y las casas distantes de la aldea. Una vieja camina con su nieto de la mano, por el sendero. Adegá, viéndola llegar, se incorpora entumecida de frío:

—¿Van para la villa?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1025 MONTESSUY, MÉXICO

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— Para allá vamos.

— Yo también tengo de ir.

La vieja y el niño siguen andando. Adega sacude sobre una piedra los zuecos llenos de arena, y se los calza. Después da una carrera para alcanzar á la vieja que camina encorvada, exhortando al niño que llora en silencio, balanceando la cabeza:

— Agora que comienzas á ganarlo has de ser humilde, que es ley de Dios.

— Sí, señora, sí...

— Has de rezar por quien te hiciere bien y por el alma de sus difuntos.

— Sí, señora, sí...

— En la feria de San Gundián, si logras reunir para ello, has de comprarte una capa de juncos, que las lluvias son muchas.

— Sí, señora, sí...

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— Para caminar por las veredas has de descalzarte los zuecos.

— Sí, señora, sí...

La soledad del camino hace más triste aquella salmodia infantil, que parece un voto de humildad, de resignación y de pobreza hecho al comenzar la vida. La vieja arrastra penosamente las madreñas que choclean en las piedras del camino, y suspira bajo el manto que lleva echado por la cabeza. El nieto llora y tiembla de frío: Va vestido de harapos: Es un zagal albino, con las mejillas asoleadas y pecosas: Lleva trasquilada sobre la frente, como un siervo de otra edad, la guedeja lacia y pálida, que recuerda las barbas del maíz. La abuela y el nieto siguen siempre una orilla del sendero, y por la otra orilla, caminando á su par, va la pastora. Des-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

pués de algún tiempo, la vieja le habla así:

— Tú por qué no buscas un amo y dejas de andar por los caminos, rapaza?

Adega baja los ojos. Aquel consejo de la vieja lo escucha en todas partes, lo mismo en las puertas donde se detiene á pedir limosna, que en las majadas donde es acogida por la noche, y siempre responde igual, con las pestañas de oro temblando sobre la flor triste de sus pupilas:

— Ya lo busco, mas no lo topo.

La vieja murmura sentenciosa:

— Los amos no se topan andando por los caminos. Así tópanse solamente moras en los zarzales.

Y sigue en silencio, con su nieto de la mano. Óyese distante el ladrido de los perros y el canto de los gallos. Lentamente el sol comien-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

za á dorar la cumbre de los montes. Brilla el rocío sobre la yerba, revolotean en torno de los árboles con tímido aleteo los pájaros nuevos, ríen los arroyos, murmuran las arboledas, y aquel camino de verdes orillas, triste y desierto, se despierta como viejo camino de sementeras y de vendimias. Rebaños de ovejas suben por la falda del monte, y mujeres cantando van para el molino con maíz y con centeno. Por medio del sendero cabalga lentamente el Señor Arcipreste, que se dirige á predicar en una fiesta de aldea. Á su paso salmodian la vieja, la pastora y el nieto:

— ¡Santos y buenos días nos dé Dios!

El Señor Arcipreste refrena la yegua de andadura mansa y doctoral:

— ¿Vais de feria?

La vieja responde:

❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

— ¡Los pobres no tenemos que hacer en la feria! Vamos á la villa buscando amo para el rapaz.

— ¿Sabe la doctrina?

— Sabe, sí, señor. La pobreza no quita el ser cristiano.

— Y la rapaza, qué hace?

— La rapaza no es sangre mía. Á la cuitada dale por veces un ramo cativo.

Adega escucha con los ojos bajos. El Señor Arcipreste la interroga con indulgente gravedad:

— ¿No tienes padres?

— No, señor.

— ¿Y qué haces?

— Ando á pedir...

— ¿Por qué no buscas un amo?

— No lo topo...

❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

— ¡Válate Dios! Pues hay que sacarse de correr por los caminos.

El Señor Arcipreste deja caer una lenta bendición, y se aleja al paso majestuoso de su yegua. La vieja insiste aconsejadora:

— Ya has oído... Hoy júntase en la villa el mercado de los sirvientes. Allí voy con mi nieto, y allí tienes tú de encontrar amo, aun cuando solamente sea por el yantar.

Adega murmura resignada:

— En la venta también servía por el yantar.

Y todavía, al recuerdo, se estremece de miedo bajo sus harapos.



CAP. II. FLOR DE SANTIDAD



N LA VILLA, descansando á la sombra de un palacio hidalgo, la pastora miraba la procesión de gentes, con ojos maravillados, mientras la vieja, sen-

tada á su lado con las manos debajo del mantelo, murmuraba siempre aconsejadora:

— Estarás aquí sin dar voces ni decir cosa ninguna.

— Estaré, sí señora.

— ¡Sin dar voces!

— Como me manden.

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— ¡Repara la compostura que guarda mi nieto!

— Sí señora, sí.

También descansaban á la sombra, viejas parletanas vestidas con dengue y cofia como para una boda, y zagalas que nunca habían servido y ocultaban vergonzosas los pies descalzos bajo los refajos amarillos, y mozos bizarros de los que campan y aturujan en las romerías, y mozas que habían bajado de la montaña y suspiraban por su tierra, y rapaces humildes que llevaban los zuecos en la mano y la guedeja trasquilada sobre la frente como los siervos antiguos. Por medio de la calle, golpeando las losas con el cueto herrado del palo, iba y venía el ciego de la montera parda y los picarescos decires. La abertura de su alforja dejaba asomar las rubias es-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

pigas de maíz que había recogido de limosna, á su paso por las aldeas. Una de aquellas viejas parletanas le llamó:

— ¡Escucha una fabla!

El ciego se detuvo, reconociendo la voz:

— ¿Eres Sabela la Galana?

— La misma. Has estado en el Pazo de Brandeso?

— Hace dos días pasé por allí.

— ¿Preguntaste si necesitaban una criada?

— Por sabido que pregunté.

— ¿Y qué te han dicho?

— Que te llegues por aquella banda y hablarás con el mayordomo. Yo en todo he respondido por ti.

— ¡Dios te lo premie!

La abuela también llamó al ciego:

— ¡Oye!... ¿Para un nieto mío no podrás

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

darme razón de alguna casa donde me lo traten con blandura, pues nunca ha servido?

— ¿Qué tiempo tiene?

— El tiempo de ganarlo. Nueve años hizo por el Mes de Santiago.

— Como él sea despierto, amo que le mire bien, no faltará.

— Pobre soy, mas en aquello que pudiese habría de corresponder contigo.

— Espérame aquí con el rapaz, que acaso os traiga luego una razón.

— También tengo de hablarte por una pobre cuitada.

— Cuando retorne.

Y se alejaba golpeando las losas con el cueto del palo. Tres zagales le llamaban desde lejos:

— Una fabla, Electus. Dijéronnos que se

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

despedía el criado del Señor Abade de Cela.

— Nada he oído.

— ¿No te dieron encargo de que buscases otro?

— De esta vez ninguna cosa me han dicho.

— Será entonces mentira.

— Puede que lo sea.

— ¿Y tú no sabes de ningún acomodo?

— Tal que pueda conveniros á vosotros, solamente sé de uno.

— ¿Dónde?

— Aquí en la villa. Las tres nietas del Señor mi Conde. Tres rosas frescas y galanas: ¡Para cada uno de vosotros la suyal

Los zagales reían al oírle:

— Esas rosas están guarnidas de muy luegas espinas: Solamente tú puedes las coger.

Y volvieron á estallar las risas con alegre

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

é ingenua mocedad. Atega, temerosa de no encontrar amo á quien servir, ponía en toda una atención llena de zozobra. Cuando alguien cruzaba por su lado, las tristes violetas de sus ojos se alzaban como implorando, pero nadie reparaba en ella. Pasaban los hidalgos llevando del diestro sus rocines enjaezados con antiguas sillas jinetas; pasaban viejos labradores arrastrando lucientes capas de paño sedán; y molineros blancos de harina, y trajinantes que ostentaban botones de plata en el calzón de pana, y clérigos de aldea cetrinos y varoniles, con grandes paraguas bajo el brazo. Cuantos iban en busca de criado, desfilaban deteniéndose é interrogando :

— ¿Qué años tienes, rapaz?

— No le podré decir, pero paréceme que han de ser doce.

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— ¿Sabes segar yerba?

— Sé, sí señor.

— ¿Y cuánto ganas?

— Eso será aquello que tenga voluntad de darme. Hasta agora solamente serví por los bocados.

Y un poco más adelante :

— ¿Tú de qué banda eres, moza?

— Una legua desviado de Cela.

— ¿Dónde servías?

— Nunca tuve amo.

Y todavía más lejos :

— ¿Tú serviste aquí en la villa?

— Serví, sí señor.

— ¿Muchos años?

— Pasan de siete.

— ¿Cuántos amos tuviste?

— Tuve dos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTESDECA, MEXICO

❀ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❀

- ¿Cuánto ganabas?
— Según. ¿Cuánto acostumbra de dar?
— Agora yo también te digo, según.
— Y dice bien. Conforme el servicio del criado, conforme ha de corresponder el amo. No es alabanza, pero si nos arreglamos pareceme no quedará quejoso.

Se hacían corros y nunca faltaban viejas comadres que se acercasen, entrometidas y conqueredoras:

— ¡Buenos días nos dé Dios!... Sus padres sonle muy honrados. Por la soldada no se desarreglen. Verá qué pronto toma ley á la casa. Mire que tan bueno encontrará, mejor, mía fe, que no.

É iban así de corro en corro, pero no gozaban de aquel favor popular que gozaba el ciego de la montera parda. Cuando reapare-

❀ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❀

ció en el confín de la calle golpeando las losas con el cueto herrado del bordón, nuevamente comenzaron á llamarle de uno y otro lado. Él respondía sacudiendo las alforjas de piel de cordero, ya escuetas :

— ¡Considerad que bajo este peso me doblo!... Dejad que llegue donde pueda reposarme.

Viejos y mozos refan al oírle. La abuela también le gritó festera:

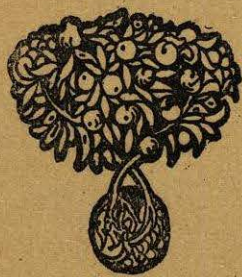
— Aquí estamos esperándote con un dosel. El ciego repuso gravemente :

— Agora iré á sentarme debajo para decirte lo que hay... Paréceme que hallé acomodo para los dos rapaces.

Y entró en el palacio solariego, con una de aquellas viejas parletanas, muy nombrada porque hacía la compota de guindas y la tre-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

pezada de membrillo como las señoras monjas de San Payo. Á todo esto la gente se agrupaba para ver á un hombre que llevaban preso. Adegá se acercó también, y sus pestañas de oro temblaron asustadas. Aquel hombre á quien conducían con los brazos atados, era el hijo de la ventera.



CAP. III. FLOR DE SANTIDAD ❧ ❧



OR LA PUERTA del Deán que aún quedaba en pie de la antigua muralla, salían á la media tarde la vieja, la pastora y el niño. La vieja iba diciéndoles:

— Ya habéis encontrado acomodo: Agora vos cumple ser honrados y trabajadores.

Los tres caminan acezando, temerosos de que la noche les coja en despoblado. Ya lejos de la villa, en una encrucijada del camino, la vieja se detiene irresoluta:

— ¡Oye Adegá!... Si nos pasamos por el